

sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado mas que murmullo.—¿Cómo ha de ser!—Vamos á separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su excelencia me los coja en el garlito. (*Vivas fuera, y se asoma Diego al balcon.*) Sí, sí, tocad. Así como así mañana puede ser que os dén doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, vive Dios que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del virey á quien celebráis.—Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refran de nuestra tierra. (*Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce á las prisiones, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Prision en el interior del palacio del virey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería guardada por centinelas. En la prision, y á la izquierda, una puerta secreta y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Si es cierto, Rodrigo, inclina La frente; que yo te vea: El placer completo sea De tu adorada Angelina, Y en dicha tamaña crea. No hay mas que tú para mí: Escuche yo de tu acento Palabras de amor aquí, Y es tuyo mi pensamiento, Mi existencia es para tí. ¡Suspiras!

Rod. Miro en tu frente Tan galano resplandor, Aureola tan refulgente, Que suspira tristemente El pecho ansioso de amor. ¡Por Dios! en donaire sola, En gala y cortesanía, Bien puede á la luz del día Mi enamorada española Disputar la primacía. Es tanto el placer que siento Viéndote, hermosa, á mi lado, Y es tal mi enagenamiento, Que olvida mi pensamiento Nuestro destino menguado.

Ang. Mayor, Rodrigo, es el gozo Que mi alma siente, mayor; Y á merced de este alborozo, Es para mí el calabozo Santuario de nuestro amor.

Rod. Ilusoria es por demas

Esa amorosa quimera; Soñando, Angelina, estás: Que aquí la muerte me espera, Y acaso tú...

Ang. No, jamas: Vivir sin tí, ¿qué me vale?

Rod. Si es cierto, Angelina hermosa...

Ang. Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa

Entre los hombres que iguale La dicha de ser tu esposa. Loca de amores dejé Por tí mi patria y mi hogar, Y embelesada, la fé Del alma te consagré De hinojos ante el altar. Por tí crucé de los mares

Las alborotadas olas, Y hoy en tus nativos lares Olvido por tus cantares Mis canciones españolas. No hay mas deidad para mí Que la imagen que retrata El cristal en que te ví: Jamas mi oracion sin tí Se elevó en la Incoronata.

Rod. Angelina, ¿quién tuviera Tu amante incredulidad?

Ang. Solo en el mundo me espera Amor y felicidad.

A tu lado viva ó muera.

Rod. Mas no hallo fé en el espía.

Ang. Libertarnos nos juró.

Rod. Sin duda que juraria

Por ver si revelaria Secreto importante yo. Porque, Angelina, á juzgar Por su faz torva y sañuda, Por su siniestro mirar, Mi fé en sus promesas duda; Nada me atrevo á esperar.

Ang. Rodrigo, no sé por qué, Mas tengo en ese hombre fé; Y no me inspira recelo Quien la cárcel hizo un cielo Uniéndonos.

Rod. Dicha fué; Y un cielo es para los dos Mientras juntos hallamos, Mientras nos vemos y hablamos; Y es del cielo, sí, ¡por Dios! El aire que respiramos. Mas ¡ay de mí! ¿qué dolor Será, y qué amarga la suerte Si nos conduce traidor De los brazos del amor A los brazos de la muerte!

Ang. Y á un tiempo nos matarán, Porque á tu cuello mis brazos, Rodrigo, se anudarán, Y á no hacérmelos pedazos, De tí no me apartarán.

Rod. Mas no viene... ¡Oh, tarda mucho!

Ang. Vendrá para nuestro bien.

Rod. A cada ruido que escucho Con dudas horribles lucho. (*Ruido de pasos.*)

Ang. ¡Rodrigo!

Rod. Angelina, quién...

Ang. Me ha parecido escuchar Pisadas.

Rod. Sí, oigo á fé mia Por el caracol bajar.

Ang. ¡Cielos! tiemblo á mi pesar. (*Abren.*)

Rod. ¡El es!

Ang. ¡Diego!

Diego. ¡Ave María!

ESCENA II.

DON RODRIGO, ANGELINA, DIEGO.

Diego. Bendito sea Dios, amables jóvents: no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí. Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escuro como una anguila entre las espadañas, y pasó sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

Rod. Acabad, por compasion, buen hombre. ¿Habeis entregado mi carta?

Diego. En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

Ang. y Rod. ¿Y qué?

Diego. La pobre señora echó su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prision; maldijo otras tantas la perfidia del virey; porque lo que es yo, no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla á Nuestra Señora l'Incoronata....

Rod. Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relacion.

Diego. Los efectos, señor conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los piés de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscrita vuestra familia, y les ha repetido palabra por palabra cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del virey. Podeis suponer que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al virey; se ha aprontado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, estoches, arcabuces, y en una palabra, la conspiracion que yo sofoqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tienen en ella, cunde sordamente por los barrios mas pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de écsito infalible, todavia fio yo mas en un personaje misterioso que está en este momento con el virey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

Rod. ¡Ah! ¿qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virey de Nápoles?

Diego. No toda la fuerza consiste en las espaldas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

Rod. Luego ese desconocido...

Diego. Viene de la corte de España.

Rod. Con alguna mision secreta, sin duda.

Diego. Yo no atino á punto fijo con su mision; pero ello es que traia para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármelo anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hácia la tierra: "Mandad, señor; yo estoy pronto." Ahora ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virey delante de otro. ¿Parece que os asombráis de mis noticias?

Rod. Sí, en verdad.

Diego. Pues son mas seguras que los cerrojos de vuestra prision.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El virey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aquí.

Ang. ¿Y á dónde quereis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese monstruo de perfidia y de libertinage.

Diego. Con harto sentimiento mio voy á conducirlos á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

Ang. ¡Oh! no, no me apartaré de aquí un solo paso. Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

Rod. Eso sí, ¡vive Dios!

Diego. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí, ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrán siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El virey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus piés se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada teneis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedais.

Rod. Separémonos, Angelina mia. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

Diego. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habeis mudado de opinion. Vamos, que siento pasos en el caracol.

Ang. Adios, Monforte.

Rod. Protéjanos su misericordia.

Diego (á Angelina.) ¡Ah! esperad un instante. (A Don Rodrigo.) El virey os hará probablemente una visita; con que será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á sus sospechas.

Rod. ¡Cobarde!

Diego. ¡Oh! sí; os teme sin duda alguna: y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invencion á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

Rod. Sea en buen hora, y Dios os perdone esa afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (Diego le ata mientras habla.) Adios, Angelina mia; ruégale por nuestro porvenir.

Diego. Dios os guarde, jóven. Dentro de una hora habrémos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virey de Nápoles.

Rod. ¡Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

ESCENA III.

DON RODRIGO.

¡Será verdad? ¡Hipócrita y cobarde
De mi desgracia mofará el espía
Para arrancarme con placer mas tarde
La rica flor de la esperanza mia?
¡Será que así un ejemplo tenebroso
De sublime tormento se le alcanza,
O cumple un mandamiento poderoso
Protegiendo tal vez nuestra venganza?
¡Loca ilusion! No hay mas que lo presente,
Y el puñal que en secreto ya se aguza:
Necia ilusion que huye de la mente
Como polvo que el viento desmenuza.
¡Quién puede hallar en los chispazos rojos
Que en sus pupilas á la voz se encienden
De sangre y de venganza, que sus ojos
Las esperanzas de mi amor comprenden?
¡Quién no ve en su furtivo movimiento
Que acecha la ocasion para lanzarse
Como el tigre feroz que está sediento,
Y con sangre no mas quiere embriagarse?
No hay mas allá: del misterioso espía
La fúnebre y siniestra catadura,
Horas solo de horror y de agonía
Al receloso corazon angura.
No hay mas allá: mi sangre generosa,
Mi sangre manchará los escalones
Del cadalso, y allí de gente ociosa
Servirán de ludribio mis blasones.
¡Pobre Angelina! Al saludar un dia
Tus pocos años y tu frente pura
En la fértil, gentil Andalucía,
Patria, templo y eden de tu hermosura,
En premio de tu amor no imaginaba
Que en las playas de Nápoles hubiese
Un caballero vil que te esperaba,

Y no tu amante, tu verdugo fuese.
Perdóname, Angelina, si te pago
Tan tristemente tu pasion primera;
Funesto ha sido para tí y aciago,
Lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
Este amor infeliz que me devora,
Este amor infeliz que nos tenemos,
¡Ay! Angelina, dentro de una hora
Sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, EL VIREY.

Vir. Salud al conde de Monforte . . .

Rod. ¡Cielos!

¡El conde de Vergara?

Vir. Que al impulso

De la piedad se rinde, y generoso
Abandona el salon de los vireyes,
Por acorrer en su postrera hora
Al mancebo gentil napolitano
Que se dignó estrechar de la española,
Embriagado en amor, la linda mano.

Rod. Bien haceis en reir amargamente

Y en el alma gozar: nuestro destino
Es diferente aquí: si no lo fuese,
Responderia mi valiente acero
A la mofa sangrienta y al insulto
Del que es, aunque virey, mal caballero.

Vir. ¡Que siempre lenguaraz el noble conde
Olvide mi razon y mi justicia!

Rod. ¡Razon, justicia, el conde de Vergara?
Hipocresia, mucha.

Vir. ¡Y la paciencia?

¡No os parece tambien de gran cuantía?
Oídme y pesareis en lo que vale.
Hay un virey en Nápoles . . . el conde
De Vergara, Monforte, que celoso
De cumplir su deber, en el mancebo
De la Sede Capuana, al peligroso
Conspirador halló.

Rod. Mentís . . .

Vir. Si miento,

Ya sancionó, Monforte, la mentira
El consejo y la ley . . . Preso Rodrigo,
Reclamó á tiempo de su noble estirpe
Los rancios privilegios, y celoso
De cumplir su deber el de Vergara,
Cedió á su pretension; y el pueblo todo
De Nápoles, entiende que se guardan
Con él los miramientos de costumbre.
Mirad esa espaciosa galería,
Mirad la reja del encierro abierta;
El pueblo hablaros puede: sois un noble;
Mas ¡ay del pueblo si llegó á esa puerta!
Desde lejos os ve y os compadece;

Yo os miro muy de cerca y me consuelo.

Rod. Y Dios, de tanto crimen ya cansado,
La maldicion preparará en el cielo.

Vir. Mientras que llega, seguiré la historia;
Y si en algo apreciáis vuestra existencia,
No tan pronto la echeis de la memoria.

ESCENA V.

DON RODRIGO, SOLO.

¡Pobre Angelina! horribles desengaños
Halló en mi patria tu cariño ardiente;
¡Tan pura y bella, y de tan pocos años,
En Nápoles morir tan tristemente!
¡Quién me dijera ¡ay Dios! cuando rezaba
En una catedral de Andalucía,
Que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
Prision, cadenas, y cadalso un día?
¡Perdóname, mi bien! antiguas salas
De dorado arteson, montones de oro,
De seda ricas y escogidas galas,
Y de mi eterno amor el gran tesoro . . .
He aquí, Angelina, el porvenir que ufano
En el calor de su amorosa llama,
El de Monforte presentó en su mano
A la que mártir hoy padece y ama.

(Se arrodilla.)

Cuando en el cielo, serafín hermoso,
Al lado de los ángeles sentada,
Desde tu asiento de eternal reposo
Dirijas á este mundo una mirada,
Búscame por do quier, ¡oh mi Angelina!
Que yo te juro me hallarás de hinojos,
Y desde el trono de tu luz divina,
En tí clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON GARCIA.

Rod. ¡Ya viene el verdugo á mí!
Recibe, pues, madre mia,
El adios de mi agonía
Que echalo lejos de tí.

(Se arrodilla como en oracion.)

Garc. ¡Cuán cobarde es la traicion!
Allí está ese hombre de hinojos
Destilando por los ojos
El miedo del corazon.—
¡Mancebo!

Rod. ¡Qué quieres?

Garc. ¡Sabes

Cuántos años has vivido?

Rod. A acertarlos has venido:
Suplicote, pues, que acabes.
Y dí á quien aquí te envia,
Despues de mi ejecucion,
Que solo en su corazon
Cupiera tal villanía.

Garc. Mancebo, engañado estás:

Ni yo su verdugo soy,

Ni á sus órdenes estoy,

Ni me obligaron jamas.

A entrar en tu calabozo

Una razon me sujeta

Tan justa como secreta.

Respóndeme, pobre mozo:

¡Tienes padres?

Rod. ¡Ay de mí!

Esos soldados que con faz adusta,
Ni reparan en vos, ni en la riqueza
De esos vestidos, ni el bizarro porte,
Ni imbéciles recuerdan la nobleza
De que hicisteis alarde en el consejo
Que de Castilla os distinguió en la corte,
Estátuas son; pero, entendedlo, estátuas
Que al amagar no mas la muchedumbre,
Con sangre y fuego cegarán la entrada
Al populacho alborotado y ciego
Que pretenda asaltar esta morada.
Hay sin embargo una mujer . . .

Rod. Vergara . . .

Ten esa lengua; y si á manchar su nombre
Te atreves, pronunciándole tu boca,
Desde mi encierro escupiré en tu cara.

Vir. Angelina . . .

Rod. ¡Villano!

Vir. No llegará hasta mí vuestra arrogancia:

Hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
Y de Italia al virey mucha distancia.

Angelina tal vez pudo en un dia

Menos enamorada de Monforte,

De amor cediendo á la demanda mia,

La vida libertar y gentileza

De su noble mancebo, y los blasones

Del que atrevido acaso, y con mancilla

De la casa infanzona de Orellana,

A un monasterio la robó en Sevilla . . .

Mas hoy es tarde ya: ria en buen hora

Su galana y espléndida hermosura,

Recuerde en su escondido calabozo

El aura manantial que amante y pura

Meció en vergeles de pintadas flores

Vuestras sabrosas pláticas de amores:

Dentro de poco tan amante yugo,

Merced á la justicia de Vergara,

Romperá la cuchilla del verdugo.

Rod. ¡Piedad, señor, piedad! . . . En mí tan solo.

Cébase tu rencor: yo he conspirado,

Yo he querido arrastrar las españolas

Banderas por el fango: sí; yo he dicho

Que era un villano el conde de Vergara,

Un infame traidor, un asesino . . .

Reid, conde, reid . . . ese es el nombre

Que merecis . . .

Vir. A fé que me entenece

Tu súplica cortes, pero es ya tarde . . .

Un sacerdote confesó á Angelina . . .

Y el sacerdote declaró al consejo:

Ya ha firmado, Monforte, su sentencia;

Y ejecutada hoy, que no mañana,

Dentro de un hora su fatal destino,

Te anunciará el clamor de la campana.

Rod. Dejadme, por favor . . .

Vir. Primero ella . . .

Yo te perdono á tí; yo te desprecio . . .

Hay un anciano en Nápoles, que quiere

Una afrenta vengar que tú le hiciste . . .

Me ha comprado tu vida, y generoso

Sin paga se la di; y breve espacio

A tu lado estará; poca distancia

Hay de tu calabozo á mi palacio.

Quédame solo mi madre,
Porque á vivir mi buen padre,
Ya hubiera llegado aquí
Por cima de los escambros
De este palacio fatal,
E ido yo en marcha triunfal
De sus vasallos en hombros.

Garc. Si era cual dices, tan noble,
Siento que no esté á tu lado,
Para que fuera ¡malvado!
Tu afrenta y la suya doble.

Rod. ¡Ah! te comprendo: del yugo
Teme el virey que su presa
Se le escape, y tiene priesa.
Ea, pues, hiere, verdugo;
Has de tu crueldad alarde.

Garc. Mozo, traeme á tu prision
Tan solo mi corazón.

Rod. Entonces sois un cobarde.

Garc. ¡Ira de Dios!

Rod. Sí, en verdad.
Lo sois, si como decís
A asesinar me venís
De espontánea voluntad.
Os habrá dicho el virey:
Allí le teneis atado;
Sustituid de contado
La injusticia de mi ley.

Garc. No mas al virey me nombres,
Y escuchame en conclusion,
Que es fuerza que á mi razon
Te amedrentes y te asombres.
Habia un noble en Sevilla,
Leal, cual nadie en la tierra,
El cual se partió á la guerra
Con las huestes de Castilla.
Tenia ese hombre consigo
Una hija, tierna y hermosa,
Que crecia virtuosa
De su amor bajo el abrigo.
Mas á la guerra al marchar,
Por mas que le fuera en pena,
A la vijilancia agena
La tuvo que encomendar.
Fió, pues, en el misterio
De un claustro, y aunque no sola,
Sujeta á un aya dejola
Cerrada en un monasterio.
Pero ¡oh fortuna cruel!
Sin conciencia y sin pudor,
Un infame seductor
Se introdujo astuto en él.
La embriagó con sus promesas,
Y la infeliz criatura
Aborreció la clausura,
Saltó sus verjas espesas,
Y arrojándose en los brazos
De aquel corruptor maldito,
Cometió el primer delito
Haciendo mi honor pedazos.

Rod. ¡Vos sois su padre! ¡Señor,
Perdon!

Garc. Me vas comprendiendo.

Segun parece.

Rod. ¡Oh! comprendo
De un padre el justo furor.

Garc. Escúchame, pues, villano,
Y entiende que solo vengo
A decirte que yo tengo
Tu vida entera en mi mano.

Rod. Oid primero, señor.

Garc. Nada tengo que escuchar;
Ni yo te vine á matar
A oscuras como un traidor.
Sé, conozco tu inocencia;
Con una palabra mia,
Sé que salvarte podia
El honor con la ecstencia;
Mas tú fuiste el asesino
De mi hija, y aunque es injusta
Tu sentencia, es cosa justa
Que se cumpla tu destino.

Rod. ¡Yo, asesino de Angelina!
Aquí hay un error fatal.

Garc. No solo con el puñal
O el veneno se asesina,
Miserable seductor:
Tú el sepulcro la has cavado,
Tú me la has asesinado
Mas vilmente, con tu amor.
A las fatigas y viajes
A que esponerla has querido
Para matarla, has unido
Tus desprecios, tus ultrajes.
Con tu amor la enloqueciste;
Mas del yugo te cansaste,
Y al cabo la abandonaste,
Y al fin pereció la triste.

Rod. ¡Viven los cielos, señor!
Vos sois víctima fatal
De alguna trama infernal.

Garc. Mira, infame: el confesor
(Mostrando el retrato.)
Que la escuchó en su agonía,
Con sus palabras postreras,
En que encargó que murieras,
Este retrato me envia.

Rod. ¡Es el vuestro!

Garc. El mio, sí.
Yo al cuello se lo colgué
Cuando á lidiar me marché.

Rod. Todo lo entiendo ¡ay de mí!
Los esbirros del virey
Del cuello se le arrancaron,
Cuando mi casa asaltaron
En el nombre de la ley.
¡Sin duda él mismo os le dió!

Garc. Sí por cierto.

Rod. ¡Y él, de fijo,
Que murió Angelina os dijo!

Garc. El mismo.

Rod. Señor, mintió.
Mintió; pura y virtuosa,
Lamentando nuestro error,
Vive Angelina, señor.

Garc. ¡Vive!

Rod. Vive, y es mi esposa.

Garc. ¡Tu esposa!

Rod. En la soledad
De una aldehuela española,
En nuestra fuga asaltóla
Peligrosa enfermedad.
Salvóla el favor de Dios,
Y nuestro delito es
No haber ido á vuestros piés
En lugar de huir de vos.

Garc. ¡Vive! ¡ay de mí! ¿Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.

Rod. Dios quiera que no vayamos
Muy tarde en su auxilio ya.

Garc. ¿Qué dices!

Rod. El alborozo
Refrenad, padre y señor,
Que por resistir su amor
Suspira en un calabozo.

Garc. ¡Amor! ¿de quién?

Rod. De Vergara.

Garc. ¡El! ¡el infierno le auxilia!
¿El insultar mi familia?
Saldrá su audacia cara.
¡Oh! haré un terrible escarmiento:
Yo le arrancaré el toison,
Enlodaré su ropón,
Y le haré sin miramiento
Cumplir con la ley completa,
Y al suplicio por traidor
Irá como un malhechor
Sentado en una carreta.
¡No me comprendes, mancebo?
Mas respira á tu placer,
Que es inmenso mi poder,
Y á todo con él me atrevo.
Del poder de que abusó,
Apartó á Vergara el rey.

Rod. ¿No es ya Vergara el virey?

Garc. No; ahora el virey soy yo.

Rod. ¡Ah! desatadme y salgamos....

Garc. Sí, que todo cabe en él.
(Va don Rodrigo á la puerta por donde entró Don
García, y la halla cerrada.)

Rod. Mas resiste este cancel....

Garc. ¡Cielos! perdidos estamos.
Cerróle detras de mí
Cuando aquí me acompañó,
Y el lazo que me tendió,
Ciego de rabia, no ví.
¡Vive Dios!

Rod. Desdicha fué
De nuestra suerte tirana.
(Suena la campana.)
Mas ¡Dios santo! la campana.
¡Todo se perdió!

Garc. ¿Por qué?

Rod. Esa campana, señor,
Anuncia que mi Angelina
Hacia el cadalso camina
Sin consentir en su amor.

Garc. ¡Ah! todo lo entiendo ahora.
Por eso el traidor Vergara

Pedia que lo dejara
Mandar aún una hora.
Creí á la hija de mi amor
Vengar entretanto en tí.

Rod. ¿Y habeis consentido?

Garc. Sí.

Rod. ¡Ah! ¡qué habeis hecho, señor!
(Durante esta escena y la siguiente oyesse doblar
pausadamente la campana, de modo que no es-
torbe á la representacion. Oyesse murmullo como
de cánticos sagrados á lo lejos, y la luz de las ha-
chas que se supone que acompañan á Angelina
penetra por la reja de la puerta, por la que no
debe verse mas que el resplandor.)

Garc. Mas oye, ¿qué significan
Esas voces religiosas?

Rod. No sé, pero me estremecen.

Garc. Se ve resplandor de antorchas
Por esa reja.

Rod. ¡Dios mio!
¿Qué procesion tenebrosa
De enlutados es aquella
Que se aleja por las cóncavas
Galerías?

(Se asoman á la reja tapándola con sus personas,
impidiendo al público ver lo que pasa por el
fondo.)

Garc. Es sin duda
Algun entierro.

Rod. Oid: dobla
Un atambor destemplado.

Garc. Oye, oye lo que pregonan.

Rod. ¡Es una justicia!

Garc. Escucha.
(Suena el pregón á lo lejos.)

Voz. Esta es la justicia que manda hacer en
nombre del rey nuestro señor, su excelencia el con-
de de Vergara, virey de Nápoles, en la persona
de Angelina de Orellana, por delito de lesa ma-
jestad.

Garc. ¡Tened, canalla traidora!
Yo soy el virey de Nápoles.
Abrid pronto esta mazmorra,
O ¡voto á Dios, que en cenizas
Tornaré la ciudad toda!

Rod. ¡Ay, padre! que están muy lejos,
Y vuestras voces ahoga
La multitud que murmura,
Y en vano intentais que os oigan.

Garc. ¡Oh! ya se pierden cruzando
Las galerías tortuosas.

Rod. Todo es en vano, señor.

Garc. El corage me sofoca.
¡Guardias! soldados! á mí!
Al que mis cerrojos rompa,
Le haré tan rico, que pueda
Despreciar una corona.

Un soldado (por fuera de la reja) ¿Qué es lo que
estais ahí gritando?

Garc. Llega, buen soldado, toma.
(Alargando por entre la reja sus credenciales.)
Yo soy el virey de Nápoles;
Mis credenciales en forma

Son esas; corre al consejo
A presentarlas, y pródigo
Mi mano te abrirá de oro
Cuanto mi raza atesora.
Soldado (riendo.) ¡Vos el virey?
Garc. Mira, mira.
Soldado. ¡Vaya! esta gente está loca.
Garc. Lee por piedad, y la firma
Verás del rey.
Soldado. ¡Esa es otra!
Ni yo sé leer, ni nada
De lo que decís me importa.
Garc. ¡Por Cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
Te haré alcaide del castillo.
Soldado. ¡Y si por ello me ahorcan
Antes de llegar á serlo?
Garc. ¡Triste de mí! ¡No hay quien ponga
Fin á tan duro suplicio!
¡Conque ningun medio logra
Tener ese asesinato!
Soldado. ¡Pobre viejo: cómo llora!
Rod. ¡Y aun esa fatal campana
Temerosamente dobla!
Garc. ¡Y va á la muerte mi hija . . . !
Soldado. ¡Calla! ¡sois de esa señora . . . ?
Garc. Su padre, ¡voto á los cielos!
¡No lo has entendido hasta ahora?
Rod. ¡Oh! ¡te entenece, soldado,
Nuestra situacion penosa!
Garc. ¡Por la Virgen sacratísima!
Esas credenciales toma,
Corre al consejo y la salvas.
Es inocente.
Soldado. En buen hora:
Dadme esos papeles, dádmelos;
Que si hago esa buena obra,
Todo lo demas es nada.
Rod. Toma y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VI.

DICHOS, EL VIREY, QUE DURANTE LA ESCENA ANTERIOR SE HABA ASOMADO AL BALCONCILLO.

Vir. Llegará tarde, señores.
Garc. ¡Oh víbora ponzoñosa!
El cielo ponga en tu alma
El pesar que me destroza.
Vir. Yo os juro, buen Don García,
Que comprareis á gran costa
El vireinato de Nápoles.
Garc. Téngale tu alma ambiciosa,
Si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.
Vir. Me sobra
Con las dos horas que tengo.
Garc. Tiembla, traidor: esas horas
Te abreviará tu consejo.
Vir. Es esperanza ilusoria:
Yo presentaré contra ellas
Tu firma y palabra propia.
Garc. ¡Oh, por piedad, tu venganza

Descarga en mí . . . mas perdónala!
(*La campana deja de tocar.*)
Rod. (espantado.) ¡Infelices de nosotros!
Ya la campana no toca.
Garc. ¡Dios mio!
Vir. Y ya está cumplida
Su sentencia. Sed ahora
Virey de Nápoles, sedlo;
Y vuestra primera obra
Sea abrir su sepultura
Y hacer celebrar sus honras.
Garc. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!
(*Vuelve á sonar la campana con mas prisa.*)
Rod. Escuchad: otra vez dobla
La campana.
Vir. ¡Cielo!
Rod. Padre,
A rebato es lo que tocan.
(*Suenan arcabuzazos, tambores y clarines á lo lejos.*)
Rod. ¡Tiembla, miserable, tiembla
Si la fortuna se torna!
Vir. ¡Tiembla, si yo te presento
La cabeza de tu esposa!
(*El tumulto y las voces se acercan. Oyense gritos de ¡muera el conde de Vergara! y se ve por la rejilla de la puerta el resplandor de los hachones. Don García y Don Rodrigo se abalanzan á la puerta, gritando á los de afuera.*)
Rod. ¡Aquí, soldados, aquí;
Favor á Nápoles!
Un soldado. ¡Hola!
Aquí están. ¡Eh! camaradas,
Abajo la puerta.
Otro. ¡Otra
Palanca por ese lado!
Vir. ¡Cielos! la turba traidora
Los calabozos asalta.
Huyamos.
(*Va á salir y halla cerradas las puertas, del balconcillo.*)

¡Mas qué alevosa
Traicion: por dentro han cerrado
Este balcon!
(*Golpea y empuja las puertas, que no ceden.*)
¡Oh, ellos doblan
Sus esfuerzos! ¡Me han vendido!
Mas mi suerte no me importa
Si se logra mi venganza.
Pueblo. ¡Adentro!

ESCENA VII.

CAE LA PUERTA Y ENTRAN EN TROPTEL SOLDADOS, PESCADORES, VILLANOS, ETC., ETC., CON ANTORCHAS, CHUZOS, PICAS, SABLES ETC. DON GARCÍA Y DON RODRIGO, AL VER QUE NO VIENE ENTRE ELLOS ANGELINA, DAN UN GRITO Y VAN A SALIR DICHIENDO A UN TIEMPO.

Garc. ¡Virgen piadosa!
¡Y mi hija?
Rod. y Garc. ¡Angelina?
Virey (á Don García.) No la esperes:
Con ella el mando me compras.
Diego (dentro.) Abridnos paso.

Rod. ¡Ese acento . . . !
(*Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en los brazos de Don García y de Don Rodrigo.*)
Rod. ¡Dios mio, es ella!
Garc. ¡Hija mia!
Ang. ¡Padre, esposo!
Vir. ¡Ah, él me vendia!
Un pescador (viendo al conde de Vergara.) ¡El virey!
Pueblo. ¡Muera!
Diego. ¡Eh! con tiento.
(*Al Virey.*)
Las vueltas os he cogido,
Señor Vergara, que al cabo
El astuto vence al bravo,
Y en mi trampa habeis caido.
(*El balcon se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al virey.*)
Mi cabeza me esigisteis,
O el incógnito del mar,
Y os lo vengo á presentar;
Aquí está el que me pedisteis.
(*Señalando á Don García.*)

Vir. ¡Oh rabia!
Pueblo. ¡Muera!
Otros. ¡Matarle,
Matarle!
Garc. ¡Todos atras!
Solo el rey tiene no mas
Derecho de castigarle.
Vergara, á su real consejo
Os remito, y sin encono
Como quien soy os perdono,
Y como vencido os deajo.
Y esta piedad que acrisola
Mi justicia y mi nobleza,
Os prueba cuánta grandeza
Cabe en un alma española.
(*Los guardias retiran del balcon al conde de Vergara. Don García toma de la mano á su hija y á Don Rodrigo: la multitud les abre paso y salen. Al irse todos tras ellos dice.*)
Diego. ¡Viva Don García de Orellana,
Virey de Nápoles!
Todos. ¡Viva!

